

ESCUELA DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICA PÚBLICA “TARAPOTO”



TRABAJO DE INVESTIGACIÓN

“La Agresividad en los Niños de Educación Inicial”

BACHILLER EN EDUCACIÓN

Autores:

Geny Sandoval Pezo (0009-0000-8318-0710)

Pasionita Laily López Oroche (0009-0005-6549-7577)

Asesor:

Aníbal Mendo García (0009-000481804891)

Línea de Investigación

Desarrollo y bienestar integral

Promoción 2025

Tarapoto – San Martín

2026

Constancia de Turnitin

**ESCUELA DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICA PÚBLICA
"TARAPOTO"**



"Año de la Esperanza y el Fortalecimiento de la Democracia"

**ESCUELA DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICA PÚBLICA
"TARAPOTO"**

DECLARATORIA DE ORIGINALIDAD

Yo, Anibal Fernando Mendo García, docente de la ESCUELA DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICA PÚBLICA "TARAPOTO", Responsable del sistema Turnitin Originality declaro haber incluido al sistema el trabajo de investigación (Monografía) titulada: "La Agresividad en los Niños de Educación Inicial", cuyas autoras son: **Geny Sandoval Pezo y Pasionita Laily López Oroche**, constatando que la investigación tiene un índice de similitud de **20.00%**, verificable en el reporte de originalidad del programa Turnitin, el cual ha sido realizado sin filtros, ni exclusiones a excepción de la bibliografía.

He revisado dicho reporte y concluyo que cada una de las coincidencias detectadas no constituyen plagio. A mi leal saber y entender el Trabajo de investigación cumple con todas las normas para el uso de citas y referencias establecidas por la Escuela de Educación Superior Pedagógica Pública "Tarapoto"

Tarapoto, 22 de abril de 2026

Anibal Fernando Mendo García
DNI N° 01018174

Página del Jurado

Mag. Luis Ramírez Gonzales (0009-0003-4824-4848)

Presidente

Lic. Ramón Grandez Aguilar (0009-0000-5251-1038)

Secretario

Mg Angélica María Torres Camacho (0000-0001-6427-8421)

Vocal

Dedicatoria

A mis hijos Roger y Andrea, por su amor incondicional, por ser mi motor y motivo a lo largo de este camino; a mi madre querida, Dina, por su paciencia, apoyo incondicional y motivación para seguir adelante, incluso en los momentos más difíciles.

Geny

A mis amadas hijas, Dana y Ximena, quienes son mi mayor inspiración. Su amor y alegría me motivan a superarme cada día. Este logro es para ellas, con la esperanza de que sigan persiguiendo sus sueños con la misma pasión y determinación. A mis queridos padres, Abigael y Margarita, por su amor incondicional, apoyo constante y sacrificios. Gracias por enseñarme el valor del esfuerzo y por siempre estar a mi lado en cada paso de este camino.

Pasionita

Agradecimiento

A todos los docentes de la institución educativa, que hicieron posible la realización de este trabajo de investigación. Así mismo a la maestra Mélida, por su orientación, sus valiosos consejos y su experiencia para el desarrollo de este proyecto; también a la maestra Nery Viena Flores, quien ha sido una guía invaluable en el desarrollo de nuestra carrera. Su dedicación, paciencia y compromiso no solo nos ayudaron a superar los desafíos que encontramos en el camino, sino que también nos inspiraron a dar lo mejor de nosotras.

A nuestra familia, en especial a Dana, Ximena, Roger y a Andrea por su amor, comprensión y motivación incondicional durante todo este proceso. Gracias por estar a nuestro lado en los momentos más difíciles y por alentarnos a continuar por el camino cuesta arriba.

Finalmente, agradezco a mis compañeros de investigación y amigos por su colaboración y por los momentos de discusión que contribuyeron al enriquecimiento de este proyecto.

Las autoras.

Declaratoria de Autenticidad

Nosotras Geny Sandoval Pezo, identificada con DNI N°40221149, y Pasionita Laily López Oroche con DNI N° 47361190. egresadas de la Escuela de Educación Superior Pedagógica Pública “Tarapoto” de la Carrera Profesional de Educación Inicial, con el informe de trabajo de investigación: “La Agresividad en los Niños de Educación Inicial”

Declaramos bajo juramento que:

1. El presente estudio es de nuestra autoría.
2. Se han respetado las normas internacionales de citas y referencias para las fuentes consultadas. Por tanto, la presente investigación no ha sido plagiada, ni total ni parcialmente; y tampoco ha sido publicada ni presentada anteriormente para obtener antes algún grado académico o título profesional.
3. Los datos presentados en los resultados son reales, no han sido falseados ni duplicados; tampoco copiados y por lo tanto, corresponden a los datos de la muestra de estudio.

De identificarse fraude (datos falsos), plagio (información sin citar autores) autoplagio (presentar como nuevo algún trabajo de investigación propio que ya ha sido publicado), piratería (uso ilegal de información ajena) o falsificación (representar falsamente las ideas de otros), asumimos las consecuencias y sanciones que de esta acción se deriven, sometiéndonos a la normatividad vigente de la Escuela de Educación Superior Pedagógica Pública “Tarapoto”.

Tarapoto, diciembre del 2024.

Geny Sandoval Pezo
DNI N° 40221149

Pasionita Laily López Oroche
DNI N° 47361190

Presentación

Distinguidos miembros del jurado evaluador,

Presento ante ustedes la monografía titulada “**La Agresividad en los Niños de Educación Inicial**”, con la finalidad de generar en los lectores y profesionales interesados en informarse sobre un tema de gran interés y necesidad de atención, el de los niños y niñas que presentan rasgos de inestabilidad emocional o problemas de salud por el cual no pueden controlar sus emociones por ello la presente investigación describe el tema de manera amplia, el mismo que se ha organizado en tres capítulos, los mismos que responden a los objetivos.

Esperando cumplir con los requisitos de ley que merezca su aprobación.

Las Autoras

Índice

Constancia de Turnitin.....	2
Página del Jurado	3
Dedicatoria.....	4
Agradecimiento.....	5
Declaratoria de Autenticidad	6
Presentación	7
Índice.....	8
Resumen.....	9
Abstract.....	10
Introducción	11
Capítulo I	14
La agresividad en los niños de Educación Inicial	14
La Agresividad	14
Características de la agresividad en los infantes	17
Aportes sobre Agresividad desde la mirada de diversos autores.....	18
Teoría de la agresividad.....	21
Teoría del Aprendizaje Social de Bandura.....	21
Teoría Conductista de Skinner	21
Tipos de Agresividad en los niños.....	22
Capítulo II.....	25
La Agresividad y la Atención en las Aulas de inicial	25
La Agresividad en las aulas	25
Algunos Factores Principales que generan la Agresividad Infantil:.....	27
Factores que Contribuyen a la Agresividad en el Contexto Escolar	29
Algunas Consecuencias para la convivencia y el Aprendizaje.....	30
Rol del Docente ante la Atención de la Agresividad en los Niños.....	30
Capítulo III.....	33
Algunas acciones para atender la Agresividad en los Niños	33
Acciones para Atender la agresividad	33
El papel de los Padres para Atender la Agresividad.....	36
Reglas que los Padres de Familia, Podrían Poner a sus Hijos.....	38
Referencias bibliográficas.....	40

Resumen

El mencionado trabajo de investigación referido a “**La Agresividad en los Niños de Educación Inicial**”, fue trabajado con la finalidad de generar en los autores el interés por informarse por ello la investigación responde los siguientes objetivos; Describir los temas referidos a la agresividad, sus efectos y niveles del mismo, haciendo que los padres y docentes muestren interés por aplicar estrategias que ayuden a los niños y niñas controlar esta conducta. También como objetivos específicos planteamos, proporcionar información referida a la agresividad, factores que generan esta conducta; también brindar información teórica relevante sobre La Agresividad y la Atención en las aulas de inicial y como tercer objetivo se ha planteado describir algunas acciones de cómo atender a los niños con agresividad y cuánto pueden hacer los padres y docentes para que los niños se autorregulen. La agresividad está compuesta por palabras latinas en donde agredir, quiere decir atacar. De ahí que podríamos decir que la agresividad es entendida como un desorden de la conducta de la persona en este caso particular que trata la monografía un desorden de conducta del niño, el mismo que si no es trabajado puede ir avanzando. Decimos entonces que la agresividad puede darse de manera física, emocional y hasta psicológicamente, mostrada hacia las personas o con los mismos objetos, en donde el niño muestra su enojo en cualquier circunstancia que se le presente. Por lo mencionado la necesidad de presentarle este interesante tema de investigación. Este estudio se justifica por el nivel de relevancia que tiene en la actualidad el manejo y/o control de las emociones, por ello las conductas agresivas deben ser atendidas, servirá la información de base para su análisis y reflexión. Se concluye que la agresividad desde la mirada de diversos aportes debe ser un tema de interés en la familia y la escuela porque ésta influye en la relación y el aprendizaje del niño.

Palabras Claves: Agresividad, valores, educación, inicial

Abstract

This research addressed the study of “Aggression in Early Childhood Education Children” with the purpose of generating interest in the authors to inform themselves, therefore the research answers the following objectives: Describe the topics related to aggressiveness, its effects, and levels, making parents and teachers show interest in applying strategies that help boys and girls control this behavior. Also, as specific objectives we propose to provide information regarding aggressiveness, factors that generate this behavior; also provide relevant theoretical information on Aggression and Attention in Early Childhood Classrooms and as a third objective it has been proposed to describe some actions on how to care for aggressive children and how much parents and teachers can do so that children selfregulate.

Aggressiveness comes from the word aggression, which means to attack. Aggression is a behavioral disorder, characteristic of children and that can be evolutionary. It consists of attacking people or objects, either physically, emotionally or psychologically, through which one expresses anger or disagreement with a situation. That is why we present information that allows us to address the issue.

Keywords: *Aggression, values, education, initial.*

Introducción

La investigación referida a la agresividad en los niños, está enmarcado en brindar información a detalle sobre cómo se presenta esta conducta en la primera infancia, especialmente en contextos educativos, donde se observa que muchos menores aún poseen conductas limitadas para regular sus emociones y no encuentran la mejor manera de evitar respuestas agresivas ante frustraciones o conflictos, por lo que es un compromiso de la escuela enseñarles no solo contenidos académicos sino también ofrecerles estrategias que los ayuden a alcanzar sus objetivos sin recurrir a la violencia o a la hostilidad.

Los estudios sobre el tema, señalan que la regulación emocional es uno de los factores claves que diferencia los comportamientos sociales de las conductas agresivas en la edad temprana de las personas. Cuando los niños carecen de habilidades para manejar sus emociones negativas, es más probable que reaccionen con impulsividad o agresividad durante interacciones sociales cotidianas (Gutiérrez-Cobo et al., 2023). Estas evidencias resaltan que la agresividad no se presenta como un acto aislado, sino que está ligada a la ausencia de estrategias adecuadas para canalizar emociones y resolver conflictos, lo cual puede afectar negativamente la convivencia entre pares y el clima institucional. Desde lo planteado y las perspectivas planteado por autores, la escuela tiene una gran responsabilidad de implementar programas socioemocionales que desarrollan habilidades de autorregulación, empatía y resolución pacífica de problemas que es muy importante para que los niños crezcan y se desarrollen plenamente en inicial.

Las informaciones más relevantes muestran que los varones suelen manifestar mayores niveles de agresividad que las niñas, mientras que estas últimas tienden a desplegar conductas pro sociales. Así también, el clima escolar y las interacciones entre pares se rigen como factores que condicionan tanto la aparición de comportamientos agresivos como el desarrollo de conductas que benefician a otras personas. Estudios internacionales han evidenciado que, en los niños de entre 1 y 5 años, las conductas agresivas se presentan de manera notable, tanto en interacciones físicas como verbales entre iguales, y que esos comportamientos tienden a incrementarse con la edad, durante la primera infancia, lo que obstaculiza la formación de relaciones sociales y la adaptación al contexto escolar (Solberg et al, 2025). Por otro lado, desde una perspectiva socio ecológica, diversos factores como el estilo de crianza, el ambiente familiar y las interacciones con los pares contribuyen al surgimiento y mantenimiento de la agresividad en niños pequeños. Por ejemplo, se ha encontrado que prácticas de los padres agresivas y negativas y contextos familiares con altos niveles de tensión o coerción pueden

incrementar la probabilidad de manifestar conductas agresivas en la educación inicial (Navarro et al., 2022).

La agresividad en los niños que cursan educación inicial constituye un problema social y educativo de preocupación realmente significativa, es decir; las manifestaciones que presentan los niños impactan directamente en el desarrollo socioemocional, la interacción y convivencia escolar y los procesos de aprendizaje durante los primeros años de vida. En esa línea diversos estudios recientes han registrado que las conductas agresivas no solo son frecuentes en la edad temprana, sino también que estos evolucionan hacia patrones de comportamiento más estables y de mayor problema si no se intervienen oportunamente (Solberg et al., 2025). Así también; Solberg et al. & Rademacher et al., (2025) manifiestan que la presencia frecuente de agresividad en estudiantes e educación inicial tiene serias implicancias que son transversales en el perfeccionamiento integral del infante, ya que esta genera menor participación en actividades colaborativas, también afecta a su autoestima el mismo que puede predisponerlos a conductas problemáticas en etapas educativas posteriores si no se implementan algunas estrategias preventivas y formativas adecuadas.

En el ámbito latinoamericano, la investigación también evidencia el impacto del entorno familiar en la conducta agresiva. En Perú, Aponte (2018) examinó la conexión entre el contexto familiar y la agresividad infantil en un excelente programa no escolarizado en Villa El Salvador, encontrando una asociación directa y significativa entre ambos factores. De forma similar, Galarza (2019) analizó la conexión entre la buena actitud materna y la adecuada conducta agresiva en estudiantes de educación inicial en Lima, empleando escalas estandarizadas que permitieron establecer una correlación significativa entre las prácticas maternas y los comportamientos infantiles. Estos hallazgos resaltan la importancia de lograr una mayor participación de los padres y docentes en la regulación de la agresividad infantil.

Teniendo como referencia el nivel de importancia de la agresividad en los niños nos planteamos como objetivo general: Analizar las manifestaciones, y efectos de la agresividad infantil en la educación inicial, y promover estrategias dirigidas a padres y docentes que favorezcan la autorregulación de esta conducta. También como objetivos específicos planteamos, describir los principales aportes y teorías que definen y caracterizan las conductas agresivas en la niñez; precisar los factores que generan o influyen en la aparición de conductas agresivas en los niños, considerando variables individuales, familiares, sociales y escolares y como tercer objetivo, se ha planteado Describir acciones y orientaciones prácticas para la atención de niños con conductas agresivas, especificando el rol que pueden desempeñar padres y docentes para favorecer la autorregulación, la convivencia pacífica y el desarrollo

socioemocional. Metodológicamente, el estudio se enmarcó en un enfoque descriptivo y teórico, basado en la revisión de literatura especializada y en los aportes de investigaciones previas realizadas en diferentes contextos (Aponte, 2018; Galarza, 2019; Leiva, 2007; Martínez et al., 2008; Sandoval, 2006).

Capítulo I

La agresividad en los niños de Educación Inicial

La Agresividad

El tema de investigación parte de indicar su definición etimológica, indicando que esta palabra agresividad proviene del latín *aggredi*, verbo compuesto por el prefijo *ad-* (hacia) y *gradi* (dar pasos o avanzar), cuyo significado literal es “avanzar hacia” o “dirigirse hacia algo”. En su origen etimológico, el término no poseía necesariamente una connotación negativa, sino que hacía referencia a la acción de acercarse o emprender una acción con determinación (Real Academia Española, 2023). En cambio, los conceptos de agresión y agresor su delimitación es más precisa, ya que estos involucran tanto a un responsable como a una víctima, el mismo que está relacionados con actos morales y jurídicas.

De lo mencionado se indica que la agresión implica una relación directa de daño entre dos partes, mientras que la palabra agresividad se manifiesta de una manera más amplia y con un significado menos concreto. En el contexto educativo, especialmente en el nivel inicial, comprender la etimología del término permite reconocer que la agresividad no solo implica violencia, sino también una forma primaria de interacción que surge cuando el niño aún no ha desarrollado habilidades adecuadas de regulación emocional y comunicación. Así, la raíz etimológica remite a una acción de “ir hacia”, que en el desarrollo infantil puede transformarse en conductas inadecuadas si no es orientada pedagógicamente.

Los investigadores que fueron Los primeros en explicar qué es la agresividad fueron Dollard, Miller, Mowrer y Sears, en 1939, expresaron que la agresividad es una conducta, que tiene por finalidad de causar daño a una persona o a un objeto. Hoy en día se ve con frecuencia esta conducta agresiva en los niños, el mismo que se ha constituido como una de las grandes preocupaciones de los progenitores y de los mismos educadores. Los hogares y las escuelas se están enfrentando con niños agresivos, que tienden a manipular y mostrar rebeldía si no son atendidos, y no saben cómo actuar o como trabajar con ellos. En la literatura contemporánea, la embestida es conceptualizada como una conducta intencional encaminada a causar daño físico, psicológico o social a otra persona. En esta línea, Craig A. Anderson y Brad J. Bushman (2021) señalan que la agresión implica una conducta deliberada cuyo propósito es lesionar a otro individuo que está causado a evitar dicho daño. Esta definición enfatiza el componente intencional y diferencia la agresión de conductas accidentales o reacciones impulsivas no dirigidas.

Desde un enfoque integrador, el **Modelo General de la Agresión (GAM)** plantea que la agresividad surge de la interacción entre variables personales (rasgos, actitudes, experiencias previas) y situacionales (contexto familiar, escolar o social), las cuales influyen en los estados internos del individuo, afectivos, cognitivos y fisiológicos y pueden derivar en respuestas agresivas si no existen mecanismos adecuados de autorregulación (Craig A. Anderson & Brad J. Bushman, 2021). Por otro lado, investigaciones recientes en psicología del desarrollo señalan que la agresividad en la infancia forma parte de un repertorio conductual temprano vinculado al desarrollo emocional y social. No obstante, su permanencia o intensificación depende de factores de socialización y aprendizaje. En este sentido, Kenneth A. Dodge (2020) sostiene que las conductas agresivas en niños pequeños pueden entenderse como respuestas desadaptativas ante problemas en el procesamiento de la información social y en la regulación emocional.

Asimismo, desde una perspectiva evolutiva y neuropsicológica, se reconoce que la agresividad puede estar relacionada con impulsos básicos de defensa y supervivencia; sin embargo, su expresión está modulada por el desarrollo de funciones ejecutivas y habilidades socioemocionales (Daniel J. Siegel, 2020). Esto implica que, aunque ciertos impulsos pueden considerarse inherentes al ser humano, su manifestación depende en gran medida del entorno y de los procesos educativos. Estas perspectivas permiten inferir que todas las personas tienen de manera natural, una predisposición a expresar comportamientos agresivos en determinadas circunstancias de la vida. Varios estudios han mostrado que la agresividad ha estado presente, de forma explícita o implícita, en escenarios familiares, escolares, comunitarios y sociales. Esta presencia constante la convierte en una amenaza silenciosa que permea las diferentes dimensiones del ser humano y que deteriora las relaciones entre quienes conviven en distintos espacios colectivos.

En esta línea, Gómez, Morales y colaboradores (2007) destacan que, durante la primera infancia, los padres y los pares constituyen agentes esenciales para la formación y consolidación de la personalidad. Complementan esta idea Moldes y Cangas (2006), al subrayar que el entorno familiar desempeña un rol central en la enseñanza de comportamientos socialmente aceptables. Por ello, considerando que los niños en edad escolar suelen estar expuestos a diversas expresiones de violencia dentro del hogar, se hace indispensable que los docentes aborden la agresión como un fenómeno que requiere comprender sus condiciones, causas y contextos. De acuerdo con Escobar (2005), los comportamientos agresivos infantiles tienen su origen principalmente en la dinámica familiar, dado que es allí donde los niños pasan la mayor parte del tiempo observando, experimentando e imitando las acciones de los adultos.

Desde la perspectiva de Bandura (1987), esta exposición posibilita que los menores tiendan a imitar los modelos que observan en el hogar, tanto durante la adolescencia como en la adultez.

Asimismo, Landy y Peters (1992) sostienen que en todas las culturas han existido conductas violentas y comportamientos agresivos, periodos históricos y estratos sociales. Incluso señalan que la agresión puede observarse en bebés de apenas cinco meses, quienes reaccionan de manera agresiva ante situaciones vinculadas con emociones intensas, como halar objetos o sujetar el cabello. De otro lado, Tremblay (2002) argumenta que la agresión física aumenta en los primeros dos años y medio de vida, alcanzando su punto más alto hacia esa edad, para luego disminuir progresivamente. Otros estudios coinciden en que la agresión física temprana constituye un indicador relevante para prever la evolución de comportamientos agresivos más acentuados durante la adolescencia y la adultez.

La agresividad infantil se presenta con frecuencia en sus diversas manifestaciones a lo largo de las distintas etapas del desarrollo humano. Este fenómeno constituye uno de los problemas persistentes en las escuelas y genera preocupación tanto en los padres como en los docentes, debido a que algunos niños expresan conductas agresivas como patear, morder, golpear, insultar, decir palabras ofensivas, amenazar o gritar. Esta situación invita a reflexionar sobre los múltiples factores involucrados y los diversos campos de estudio relacionados con ella, en España, Iskandar (2020). Sin duda, en el ámbito educativo, esta situación genera efectos negativos tanto en el aprendizaje como en la convivencia escolar, por lo que requiere una atención inmediata. En ese sentido, modificar estas conductas no siempre resulta sencillo, y además se reconoce que afectan de manera desfavorable el ritmo de aprendizaje de los niños.

En esta misma línea, Pascual (2019), citando a García, sostiene que cuando los niños son educados sin gritos ni castigos, y en su lugar reciben amor, tolerancia, sentido común y coherencia, es más probable que desarrollen menos conductas agresivas y logren un mejor aprendizaje. Asimismo, se sostiene que, cuando un niño con conductas agresivas es educado y tratado con respeto, es más probable que aprenda a relacionarse sin violencia y que, además, ponga en práctica valores como el respeto y la tolerancia. Por otra parte, en Estados Unidos, Vásquez (2016) señala que, para ayudar a un niño a corregir su conducta agresiva, es fundamental comprender las causas que originaron dicho comportamiento.

La agresividad en la infancia se comprende como la tendencia a causar daño o perjuicio a otros seres humanos o incluso a objetos, ya sean animados o inanimados. Este tipo de comportamiento implica acciones deliberadas con la intención de generar daño físico o psicológico en los demás (García & Morales, 2020). En el ámbito educativo, la conducta agresiva de los niños se manifiesta como una de las formas más influyentes de control social,

ya que puede afectar tanto hacia los adultos como hacia sus compañeros de clase, a causa del carácter perturbador que presenta dentro del entorno escolar (Pérez & Sánchez, 2021). Según Train (2003), los estudios realizados sobre la agresividad infantil evidencian que los niños expuestos a narraciones con contenido violento y a juguetes que fomentan el juego agresivo tienden a manifestar un incremento en su comportamiento agresivo. En contraste, aquellos que interactúan con relatos neutrales y juguetes no violentos muestran una reducción en dichas conductas. Esto sugiere que el contexto y los estímulos externos cumplen una función fundamental en el desarrollo y la expresión de la agresividad infantil.

Características de la agresividad en los infantes

De acuerdo con Carranza (2006), la agresividad infantil presenta un conjunto de características conductuales y emocionales que reflejan una inadecuada gestión de las emociones y de los vínculos interpersonales. Los niños con este tipo de comportamientos suelen iniciar conflictos o peleas por motivos insignificantes, transformando caprichos momentáneos en exigencias inaplazables. Además, tienden a enojarse con facilidad tanto en contextos lúdicos como en actividades escolares, incluso en situaciones donde no existe una interacción directa con otros compañeros.

Asimismo, suelen apropiarse de objetos sin solicitar permiso y buscan imponer una aparente sensación de superioridad, generada por el temor que infunden en sus pares. Sin embargo, este comportamiento con frecuencia conduce a su aislamiento social, ya que los demás niños suelen evitar el contacto con ellos. La agresividad infantil no se limita al entorno escolar; también puede manifestarse en el hogar, afectando las relaciones familiares y la autoridad de los adultos. Carranza (2006) señala que estos niños suelen ser difíciles de controlar tanto en casa como en la escuela, lo que genera rechazo por parte de algunos docentes debido a la constante presencia de conflictos y dificultades en la convivencia escolar.

En el ámbito académico, su rendimiento tiende a ser inferior al de sus compañeros, acompañado de una baja capacidad de concentración y de una actitud negativa hacia la escuela. Estos niños manifiestan irritabilidad antes de asistir a clases y expresan su oposición mediante conductas desafiantes o errantes dentro del centro educativo, lo que evidencia un malestar emocional profundo que requiere atención psicopedagógica oportuna. Los niños que presentan conductas agresivas pueden mantenerlas a medida que crecen si no reciben la atención adecuada. Con el tiempo, estos comportamientos pueden llegar a convertirse en un hábito, afectando su manera de relacionarse con los demás. Como consecuencia, en la adolescencia y en la adultez pueden surgir serios problemas de convivencia e interrelación personal, así como

conductas antisociales, consumo de alcohol, dificultades para adaptarse al entorno laboral y familiar, y, en los casos más graves, incluso comportamientos delictivos y trastornos psiquiátricos severos.

La conducta se define como el modo de actuar de un individuo, el cual puede ser observado, medido y modificado. Por su parte, la conducta agresiva se entiende como una forma de comportamiento infantil caracterizada por accesos de cólera, actos de desobediencia frente a la autoridad y a las normas del hogar, amenazas verbales, daños a objetos materiales, afectación en el ámbito social y académico debido a episodios de rabia, discusiones con hermanos, padres y otros miembros de la familia, gritos, acciones que perturban a los demás, actitudes iracundas o resentidas y peleas. Todas estas características deben manifestarse con una frecuencia, intensidad y duración suficientes para considerarlas parte de un patrón de conducta.

Aportes sobre Agresividad desde la mirada de diversos autores

Morris (1997) Se plantea una teoría que ayuda a explicar las conductas agresivas en el niño. En este contexto, se hace referencia a Bandura y a su Teoría del Aprendizaje Social por Observación, la cual sostiene que las personas no solo aprenden a partir de sus propias experiencias, sino también al observar lo que les sucede a los demás, incluso sin poner en práctica esas acciones. Asimismo, este autor señala que el niño está expuesto a diferentes modelos de comportamiento, entre ellos la agresividad aprendida y reforzada dentro de la familia, el entorno cultural con el que interactúa constantemente y, finalmente, los modelos simbólicos transmitidos por los medios de comunicación, especialmente la televisión. Esta teoría es muy importante porque permite comprender no solo cómo las personas adquieren habilidades y destrezas, sino también cómo aprenden y transmiten actitudes, valores, emociones e ideas a partir de la relación con otros.

Castillo (2006) cita a Gerald Patterson Con su modelo familiar, este autor se destaca como un referente en el estudio de la agresión infantil. Desde su perspectiva, la familia es el principal espacio donde se aprenden las conductas agresivas, debido a que sus miembros son quienes mantienen una relación más cercana con el niño, comparten más tiempo con él y ejercen una mayor influencia en su desarrollo. Asimismo, cuando el niño vive en un entorno familiar donde la agresividad se presenta como una forma de resolver conflictos, es muy probable que la asuma como un modelo de comportamiento para alcanzar sus propios fines. Por otra parte, Coronel et al. (2020), citando a Buss (1996), señalan que la agresividad es un

comportamiento violento que una persona dirige hacia otras. En otras palabras, se trata de una conducta que puede manifestarse a través del maltrato físico, psicológico o verbal.

Además, (Morris, 1997) Señala que la agresividad suele manifestarse durante los primeros años de vida; sin embargo, puede ir desapareciendo conforme el niño aprende a expresar sus necesidades, emociones y frustraciones de una manera adecuada, respetándose a sí mismo y a los demás. En la mayoría de los casos, estas conductas agresivas disminuyen gracias al desarrollo del lenguaje, ya que este le permite comunicar verbalmente lo que vive y siente. Asimismo, la orientación brindada por los padres o cuidadores también cumple un papel importante en la reducción de este comportamiento.

A medida que el niño crece y se relaciona con los demás, va aprendiendo a controlar su comportamiento agresivo y a responder de manera más adecuada frente a distintas situaciones. Por su parte, la OMS (1996) considera que la violencia vinculada a la agresividad constituye un problema de salud pública que afecta a personas en todo el mundo. Desde entonces, esta problemática ha mostrado un incremento. Asimismo, Papalia (1987) señala que existen dos tipos de agresividad: la instrumental y la hostil. La agresividad instrumental se presenta cuando el niño recurre a conductas inadecuadas para alcanzar un objetivo, aunque sin intención de causar daño a otra persona. La agresividad hostil se refiere a comportamientos dirigidos a dañar a otros. En los primeros años de vida, los niños no muestran una agresividad real; más bien, pueden manifestar conductas como empujar o pelear por un juguete o un objeto, pero no con la intención de hacerle daño a otro niño. A medida que crecen y entran en la etapa preescolar, estas conductas tienden a disminuir. Esto se debe a que se vuelven más grandes y fuertes, lo que hace que pierdan el interés en comportamientos agresivos y se reduzcan los actos de agresión física.

Papalia (1987) sostiene que algunos niños modifican la forma en que expresan su agresividad: mientras unos pasan de utilizar la fuerza física a emplear el lenguaje como herramienta para herir, otros sustituyen las peleas por objetos por expresiones que buscan reafirmar su ego. Para estos niños, los insultos o ataques verbales hacia la autoestima de otra persona llegan a convertirse en un recurso más efectivo para causar daño y sentirse superiores. Por otro lado, diversos factores pueden influir en la manifestación de conductas agresivas durante la infancia. Bourcier (2012) señala que en los niños en edad preescolar la agresividad se hace evidente cuando utilizan objetos para lastimar a otros o cuando recurren al uso de palabras inapropiadas, lo que termina generando dificultades en su desarrollo socioemocional y limitando su capacidad para establecer relaciones positivas con sus pares. Algunos incluso

pueden agredir a sus propios padres, o causar daño sin experimentar remordimiento, aspecto que debe ser considerado para intervenir oportunamente en dichas conductas.

Bourcier (2012) también resalta que los niños cuyas madres son jóvenes en condiciones económicas desfavorables presentan un riesgo mayor de manifestar conductas violentas. A ello se agregan otros factores de riesgo como la violencia intrafamiliar, la depresión materna, una nutrición inadecuada durante el embarazo, complicaciones perinatales, exposición prenatal a drogas, alcohol o tabaco, así como antecedentes delictivos en alguno de los padres, los cuales pueden ayudar al surgimiento de comportamientos agresivos. Asimismo, el autor explica que ciertas conductas agresivas en los niños pueden surgir como respuesta ante situaciones que les generan malestar o angustia, tales como el nacimiento de un hermano, un cambio de residencia, una enfermedad o muerte en la familia, un viaje, conflictos en el hogar o el proceso de adaptación a la escuela infantil. Frente a estas circunstancias, Bourcier (2012) enfatiza que los padres y cuidadores desempeñan un papel fundamental, ya que son ellos quienes pueden prevenir o acompañar adecuadamente al niño para afrontar estas experiencias sin que se traduzcan en patrones de agresión.

Por otro lado, Ten (2005) Se destaca que los medios de comunicación tienen un papel fundamental en la transmisión de valores y mensajes a los niños. Las imágenes en la televisión resultan muy atractivas tanto para niños como para adultos, y tienen el poder de ofrecer una sensación de realidad que muchas personas nunca han experimentado. La televisión permite a los espectadores vivir otras vidas y realidades sin tener que salir de su hogar. Además, presenta modelos con los que los niños se pueden identificar, imitando sus comportamientos y palabras, y sintiéndose parte de esos mundos. Hoy en día, la televisión ha sustituido en gran parte a la lectura; los niños ya no ven a los personajes de los cuentos como sus héroes, sino que ahora se sienten atraídos por los protagonistas de las series, chicos como ellos, con problemas e intereses similares. Estos personajes se convierten en héroes cotidianos, ya que entran en las casas a través de la pantalla todos los días, y los niños solo necesitan saber cómo mirarlos.

Ten (2005) Se mencionó que la naturaleza violenta y agresiva de muchos programas de televisión es motivo de preocupación para numerosos padres y educadores. Se calcula que un niño ve aproximadamente 2.000 muertes violentas, junto con numerosos ataques y situaciones de amenaza a lo largo de un año. Una exhaustiva investigación sobre la violencia en la televisión en los Estados Unidos ha concluido que la violencia televisiva favorece el desarrollo de actitudes antisociales en los espectadores. Además, al aprender comportamientos y actitudes agresivas, los niños se vuelven insensibles a la violencia hacia los demás y desarrollan un temor

constante de ser víctimas de dicha violencia, lo que conlleva a consecuencias aún más violentas en la pantalla.

Teoría de la agresividad

Teoría del Aprendizaje Social de Bandura

Bandura (1973), en su modelo desde la perspectiva del aprendizaje social, se sugiere que los mecanismos de aprendizaje vicario son una forma de adquirir conductas agresivas. A través de la imitación y el modelado de figuras importantes, el niño aprende a comportarse de una manera u otra”. (Train, 2001) asocia la agresividad con el aprendizaje vicario y el modelo social, buscando explicar tanto la conducta social humana como el proceso de aprendizaje. Bandura destaca dos aspectos clave del aprendizaje social: la atención prestada a la conducta social humana y el enfoque en el proceso de aprendizaje. Del mismo modo, Bandura, se basa en los principios del aprendizaje, el rendimiento y la modificación de la conducta. Describir una conducta de manera adecuada puede resultar complicado. En primer lugar, la descripción debe evitar explicaciones sobre los mecanismos subyacentes. Por ejemplo, decir que Sebastián agredió a su compañero de aula implica ciertas suposiciones que no están directamente presentes en la acción misma (agredir). Esto significa que no se mencionan las circunstancias que podrían haber justificado ese comportamiento. En otras palabras, la forma en que Sebastián reaccionó podría deberse a una variedad de factores, ya sean emocionales o ambientales, que influyeron en su conducta.

Teoría Conductista de Skinner

Por otro lado, presentamos a Skinner, quién expresa que la conducta agresiva del niño puede volverse más intensa con el tiempo, ya que sus compañeros de juego podrían terminar adoptando o validando sus tácticas agresivas, es decir la refuerzan. Otro niño puede dejar de ser agresivo debido a la influencia de sus compañeros. Ambos niños pueden desarrollar comportamientos completamente diferentes según las experiencias de refuerzo y castigo que hayan tenido. De ahí que se entiende por castigo a las consecuencias de una acción que aumenta la posibilidad de volver a repetirse (Shaffer, 2007). Esta teoría afirma también, se argumenta que no hay una etapa agresiva en el desarrollo infantil ni un instinto agresivo en las personas, señalando que la mayoría de los comportamientos que el niño aprende son respuestas voluntarias que han sido moldeadas por las consecuencias que tienen. Finalmente, ésta teoría de aprendizaje operante afirma que el desarrollo de la conducta depende de estímulos externos, reforzadores, castigos y no de fuerzas internas, como los instintos, los impulsos.

Skinner plantea, los reforzadores son aquellas cosas, conductas o situaciones que motivan al niño o la niña a comportarse de una determinada manera para obtener un resultado específico. Un reforzador funciona como una recompensa o gratificación, y cuando se aplica, refuerza la conducta previa del niño. Los reforzadores pueden ser materiales, pero para que sean efectivos, es necesario que el niño los valore y no se haya saturado de ellos. También pueden ser sociales, como elogios o alabanzas. Es crucial que el refuerzo se dé por pequeños logros, sin esperar que el niño haya alcanzado un comportamiento completo o general antes de reforzarlo.

Desde la perspectiva del desarrollo cognitivo, Piaget (1952) sostiene que los niños en la etapa preoperatoria aún tienen dificultades para ponerse en el lugar del otro y para regular sus respuestas emocionales, pues su pensamiento se caracteriza por el egocentrismo. Esto explica que, ante conflictos o frustraciones, reaccionen de manera impulsiva. Complementariamente, Vygotsky (1978) destaca que el manejo de emociones y conductas se aprende mediante la interacción social y el acompañamiento de adultos que actúan como guía, lo que implica que la agresividad puede disminuir a medida que el niño recibe orientación y apoyo adecuado.

Asimismo, factores situacionales como el cansancio, el estrés emocional o eventos significativos en el ámbito familiar —por ejemplo, la separación de los padres o una enfermedad grave— pueden intensificar las respuestas agresivas, especialmente cuando el niño no cuenta con recursos lingüísticos o cognitivos suficientes para expresar sus emociones de manera adaptativa (Pampers, 2022). A medida que el niño madura y desarrolla mayores competencias de comunicación, autorregulación y resolución de problemas, es probable que estas conductas disminuyan de forma natural. No obstante, tal como indican Bandura (1977) y Vygotsky (1978), el papel del adulto es clave para enseñarle estrategias alternativas que sean más eficaces que la agresividad, reforzando formas adecuadas de relación social.

Tipos de Agresividad en los niños

Escobar (2005) Martínez, Tovar Cuevas, & Rojas Arbeláez (2008), afirman que la agresividad puede dividirse en tres categorías principales: primero, los agresores crónicos, que se refiere a los niños que comienzan en la agresividad en temprana edad con persistencia de los comportamientos durante toda la vida; segundo, los **desistores**, se refiere a aquellas personas que presentan conductas agresivas en la infancia, pero en la edad adulta estas conductas desaparecen y tercero, comportamiento violento, el mismo que hace crónica a aquellos comportamientos que surgen en la edad adulta. Del mismo modo, Keenan (2002), señala que

los niños de educación inicial que presentan debilidades en su progreso de competencias que no regulan su conducta agresiva tienen un alto riesgo de desarrollar problemas de conducta, así como un comportamiento agresivo y antisocial persistente durante la adolescencia y la adultez.

En esta misma línea de conceptos, es fundamental que la escuela, en colaboración con la familia, se enfoque en prevenir e intervenir en los comportamientos agresivos, ya sea en forma de agresión física u otras manifestaciones de violencia. Si estos comportamientos "anormales" no se identifican a tiempo, pueden intensificarse en la adolescencia, dando lugar a otros problemas relacionados, como el consumo de alcohol, drogas, conductas sexuales precoces, entre otros. El objetivo es frenar el camino que podría llevar al desarrollo de la violencia.

Además, según Belda (2005), se señala que los arrebatos de agresividad son un comportamiento común en la infancia, aunque en algunos niños esta conducta agresiva persiste. Los comportamientos agresivos pueden manifestarse de dos formas: activas y reactivas. Las activas, son teorías que atribuyen el origen de la agresión a los impulsos internos, lo que implica que la conducta agresiva es algo innato, es decir, la persona nace con esa predisposición. Las reactivas, atribuyen el origen de la agresión al entorno que rodea al individuo, por lo que se pueden distinguir las siguientes teorías: la ****teoría del impulso****, que sostiene que la frustración facilita la agresión, aunque no es un requisito imprescindible para que ocurra; y la teoría del aprendizaje social, que afirma que las conductas agresivas pueden ser aprendidas a través de la imitación o la observación de modelos de comportamiento.

Whiren (1999), plantea que la agresividad infantil puede clasificarse en cuatro tipos principales: la agresión accidental, la agresión expresiva, la agresión instrumental y agresión hostil. Cada una de estas formas responde a diferentes causas y niveles de intencionalidad en la conducta agresiva. La agresión accidental se manifiesta cuando el niño causa daño a otro sin intención, generalmente durante una actividad lúdica o cotidiana. Ejemplos comunes son pisar los dedos de un compañero al subir una escalera o golpearlo con fuerza durante el juego, sin propósito de ofender. En estos casos, el acto agresivo ocurre de manera fortuita y carece de intención de dañar (Whiren, 1999).

Por otro lado, la agresión expresiva se caracteriza por el placer sensorial que experimenta el niño al realizar una acción física, aun cuando esta provoque malestar en otros. El objetivo del agresor no es generar sufrimiento ni obtener un beneficio, sino disfrutar de la sensación física derivada del movimiento o la acción misma. En cuanto a la agresión instrumental, esta ocurre cuando el niño busca alcanzar un objetivo personal (como obtener un objeto o defender una posesión) y, en ese proceso, puede causar daño involuntario a otros. Por

ejemplo, cuando dos niñas pelean por un juguete y se empujan entre ellas o los diferentes forcejeos pueden provocar heridas leves, sin que haya existido la intención de agredir. Finalmente, la agresión hostil es la manifestación más intencional y dañina de la agresividad infantil, ya que su propósito es causar sufrimiento físico o emocional a otra persona. Esta puede expresarse de manera abierta, mediante golpes, amenazas o lesiones directas, o de forma **relacional**, a través de la manipulación social, los rumores o la exclusión con el fin de dañar la autoestima de la víctima (Whiren, 1999). Estas categorías permiten comprender que la agresividad infantil no responde a un único patrón, sino que se desarrolla a partir de diferentes motivaciones, contextos y niveles de intencionalidad, lo que requiere una intervención educativa diferenciada.

Capítulo II

La Agresividad y la Atención en las Aulas de inicial

La Agresividad en las aulas

La agresividad entre los estudiantes en el contexto escolar se presenta como un fenómeno conductual recurrente que afecta tanto la convivencia como el proceso educativo. Esta conducta puede adoptar formas **físicas (golpes, empujones)** y **verbales (insultos, amenazas)**, además de manifestaciones indirectas como exclusión social o intimidación. Estudios recientes y clásicos han abordado el comportamiento agresivo en el entorno escolar desde diversas perspectivas, incluyendo su impacto, causas y correlaciones con el clima del aula. Para Bustos (2009), Cuando un niño agrede a otro, esto puede resultar molesto tanto para los maestros como para los propios niños involucrados. Los niños que muestran conductas agresivas tienen más probabilidades de ser rechazados por sus compañeros y, con el tiempo, pueden seguir enfrentando dificultades para relacionarse con los demás en el aula. La agresión dentro de la escuela puede generar un impacto negativo en el grupo, ya que, la presencia de niños agresivos puede hacer que otros eviten jugar o interactuar fuera del aula, creando un ambiente de miedo. Esto, a su vez, puede llevar a que algunos niños busquen cualquier excusa para no asistir a la escuela, por sentirse amenazados. Las razones por las que los niños se comportan de esta manera en el contexto escolar incluyen:

Algunos niños muestran conductas agresivas simplemente para llamar la atención; pueden creer que ser peleones les permitirá conseguir lo que desean. Otros provienen de hogares donde los gritos y la ira son constantes, y llegan a pensar que golpear, empujar o comportarse de manera violenta es algo normal. En estos casos, el niño está imitando lo que observa en los adultos, aprendiendo por observación. Además, hay niños que quizá no se dan cuenta de que su comportamiento es negativo; todavía no comprenden plenamente la situación y, por ello, no consideran cómo se sienten sus compañeros.

Dentro del aula de clases, los niños agresivos puede que tenga más contacto con los compañeros que se les pueda dominar fácilmente, de tal manera que, este tipo de niños se ponen triste fácilmente, o también con niños que tienen problemas para defenderse por sí solos o simplemente puede que un niño agresivo se golpee a un niño sin ningún motivo, como se indicó anteriormente solo para llamar la atención. Dentro del aula, un niño agresivo que mantiene conductas dañinas corre el riesgo de quedarse con pocos amigos, y generalmente solo se relaciona con otros niños que actúan de manera similar. Mientras tanto, el resto de los

compañeros tiende a ignorar o alejarse de estos comportamientos. Es común que los niños agresivos intenten culpar a otros para evadir la responsabilidad de sus acciones. Durante actividades en el aula, como trabajos en grupo, cantos o la hora del refrigerio, su comportamiento se hace evidente, ya que suelen querer destacarse y ser los primeros en todo, incluso si para lograrlo causan daño a los demás, de forma intencional o no. En los momentos de juego, surgen los diferentes tipos de agresividad: por ejemplo, cuando un niño quiere un juguete que otro está usando y este no quiere compartirlo, o cuando hay disputas por mantener o defender un objeto o actividad que considera valioso. Sin embargo, es posible que los niños agresivos aprendan a modificar su comportamiento. La intervención del profesor es fundamental en esta etapa, ya que ayuda al niño a desarrollar buenas relaciones con sus compañeros y docentes, evitando influencias negativas y favoreciendo un ambiente escolar seguro y propicio para su crecimiento y bienestar.

La agresividad en la primera infancia se manifiesta como una dificultad de regulación emocional que puede obstaculizar la convivencia escolar y el aprendizaje. Según Olweus (2020), la agresividad en los primeros años no debe interpretarse únicamente como una conducta problemática, sino como un indicador de dificultades en la autorregulación y la interacción social. En este sentido, la intervención oportuna en el aula resulta clave para prevenir la consolidación de comportamientos desadaptativos. Diversos estudios muestran que las estrategias educativas centradas en la convivencia, el refuerzo positivo y la mediación docente son eficaces para atender estas conductas. Al respecto, Leiva (2007) sostiene que “los niños de preparatoria y primer ciclo perciben la agresión en función de las interacciones escolares y familiares”, lo cual, implica que la escuela es un espacio privilegiado para promover pautas de socialización no violentas.

En el contexto peruano, investigaciones recientes han evidenciado la relación entre factores familiares y conductas agresivas en educación inicial. Aponte (2018) encontró que el entorno familiar influye significativamente en la manifestación de agresividad infantil, mientras que, Galarza (2019) identificó la actitud materna como un predictor relevante de estas conductas. Estas evidencias confirman la necesidad de una atención integral que articule la escuela y la familia. Asimismo, la literatura enfatiza la importancia de programas socioemocionales en las aulas de inicial. De acuerdo con Bisquerra y Pérez (2021), “la educación emocional en la etapa infantil contribuye a la prevención de la agresividad y al desarrollo de competencias prosociales”. En esta línea, la aplicación de estrategias lúdicas y participativas favorece la canalización de la energía de los niños hacia comportamientos constructivos (Chuquizuta, 2024).

La agresividad de los estudiantes en las aulas no solo implica conductas disruptivas, sino que también interfiere con la enseñanza y el aprendizaje y deteriora la convivencia escolar. Investigaciones describen que estos comportamientos actúan como un factor de riesgo para el clima educativo, generando mayor victimización y reducción de la calidad de la interacción entre pares (Thomas & Bierman, 2006). Estudios cuantitativos realizados en contextos escolares han encontrado que en muchos casos niveles elevados de agresividad física, verbal o psicológica se relacionan negativamente con la convivencia en el aula: la agresión verbal, por ejemplo, se asocia con menor armonía entre compañeros y con un ambiente de mayor conflicto (Chipana Murillo, 2025). En conclusión, la atención de la agresividad en las aulas de educación inicial debe asumirse como una responsabilidad pedagógica y formativa, que no se limite a la corrección de conductas, sino que fomente la autorregulación, la empatía y la convivencia democrática desde los primeros años.

Algunos Factores Principales que generan la Agresividad Infantil:

La agresividad infantil, en la actualidad es uno de los asuntos más investigados en esta área del desarrollo humano y la psicología educativa, esto a causa del impacto que tiene en la convivencia, el bienestar emocional y el beneficio académico. Se entiende por agresividad cualquier conducta que tenga como finalidad causar daño físico, psicológico o material a otras personas u objetos. Aunque en ciertas etapas del desarrollo pueden aparecer manifestaciones agresivas como parte del proceso de maduración, su persistencia, frecuencia e intensidad pueden indicar la presencia de factores de riesgo individuales, familiares, escolares o sociales. Durante los últimos años, múltiples investigaciones han profundizado en las causas de la agresividad infantil, identificando factores que tienen relación con predisposiciones biológicas, experiencias adversas tempranas, modelos familiares, entornos escolares y culturales, así como la influencia de los medios de comunicación; Pueden ser:

Factores biológicos y genéticos.

La evidencia científica más reciente indica que la agresividad infantil no es únicamente un fenómeno aprendido, sino que también puede estar influida por predisposiciones biológicas. Estudios genéticos han demostrado la participación de distintos genes asociados con los sistemas neuroquímicos encargados de regular la impulsividad, la respuesta ante situaciones estresantes y la capacidad de controlar los sentimientos. Asimismo, se ha observado que la interacción entre predisposición genética y experiencias tempranas adversas incrementa el riesgo de manifestar conductas agresivas (Koyama et al., 2024). De esta forma, la biología no

determina la agresividad, pero sí puede preparar el terreno para que ciertos niños sean más vulnerables a responder de forma impulsiva o violenta ante situaciones de conflicto.

Factores neuropsicológicos y características individuales.

Las dificultades en la autorregulación emocional, la impulsividad, los problemas atencionales y ciertos trastornos del neuro desarrollo también influyen en la aparición de comportamientos agresivos. Niños con dificultades en el control inhibitorio o con déficit en habilidades socioemocionales suelen mostrar respuestas más intensas ante la frustración y, por ende, una mayor probabilidad de recurrir a la agresión (Yang et al., 2022). Del mismo modo, el temperamento —particularmente la alta reactividad y la baja tolerancia al estrés— se ha identificado como un factor individual que puede favorecer la aparición de conductas agresivas.

Prácticas parentales y dinámicas familiares.

El entorno familiar es uno de los elementos que tienen mayor impacto en el desarrollo del comportamiento de los niños. Investigaciones recientes señalan que prácticas parentales duras, la disciplina coercitiva, la inconsistencia en los límites, el castigo físico o la exposición a violencia en el hogar incrementan significativamente la probabilidad de las diferentes conductas agresivas en los niños (Liu et al., 2022). Por el contrario, estilos de crianza basados en el afecto, la comunicación y la coherencia se asocian con un menor riesgo de agresividad. Las intervenciones centradas en promover habilidades parentales positivas han demostrado reducir tanto la violencia intrafamiliar como la agresividad infantil (Backhaus et al., 2023).

Influencia de los pares y el entorno.

La relación con los pares y la exposición a violencia comunitaria constituyen otros factores relevantes. Niños que viven en entornos donde la violencia está normalizada o que observan agresiones con frecuencia pueden interpretar la agresión como una forma aceptable o eficaz de resolver conflictos (Farrell et al., 2022). De igual forma, pertenecer a grupos de pares donde se validan conductas hostiles o donde existe presión para participar en actos agresivos puede reforzar este tipo de comportamientos. A esto se suma la violencia por el tipo de región donde los niños viven y se desarrollan y, factores sociales que implican que los hombres pueden sufrir de insultos y golpes a diferencia de las mujeres.

Factores escolares.

El clima escolar desempeña un papel esencial en el desarrollo de comportamientos prosociales o agresivos. Entornos educativos con poca supervisión, escasas normas de convivencia, relaciones conflictivas entre estudiantes o una gestión inadecuada de la disciplina pueden facilitar la aparición de conductas agresivas. Por el contrario, instituciones que promueven la convivencia, el respeto mutuo y la educación socioemocional actúan como factores protectores significativos (Ibabe, 2020). Es decir, al no existir reglas claras en las instituciones educativas, sobre el comportamiento, el maltrato y el acoso, estos constituyen factores que influyen en la dinámica de pares y el clima escolar.

Influencia de los medios de comunicación y el uso de las pantallas.

La exposición a contenidos violentos en televisión, videojuegos o redes sociales ha sido reconocida como un factor que incrementa la probabilidad de respuestas agresivas, especialmente cuando estos contenidos son intensos, repetidos o se presentan sin consecuencias para los personajes involucrados. Investigaciones recientes han demostrado que los niños expuestos de manera constante a violencia mediática pueden desarrollar actitudes más favorables hacia la agresión y un menor desarrollo de la empatía (Ybarra et al., 2022). No obstante, este factor interactúa con otros, como la supervisión parental, la edad y las características individuales.

Factores socioeconómicos y estrés ambiental.

Finalmente, el contexto socioeconómico y el estrés ambiental representan elementos clave. La pobreza, la inestabilidad familiar, la sobrecarga laboral de los cuidadores y la falta de recursos o apoyo comunitario pueden incrementar los niveles de estrés en las familias y, en consecuencia, afectar la calidad de las prácticas de crianza. La acumulación de factores adversos se ha conectado con mayores niveles de impulsividad, irritabilidad y comportamientos agresivos en los niños (Yang et al., 2022). Es decir, la pobreza, las carencias económicas y la falta de oportunidades generan un ambiente de estrés que favorece la aparición de conductas agresivas

Factores que Contribuyen a la Agresividad en el Contexto Escolar

Existen diferentes factores que nos influyen en la aparición y mantenimiento de conductas agresivas en las aulas, por ejemplo, normas de grupo y clima del aula, el ambiente general del aula y las normas sociales informales establecidas entre estudiantes pueden facilitar

la normalización de conductas agresivas si estos comportamientos no son regulados adecuadamente; relaciones entre pares, la agresividad puede verse reforzada por dinámicas de grupo entre estudiantes. Clases en las que prevalece la agresión física o verbal entre pares pueden contribuir a una espiral de comportamientos disruptivos; convivencia y habilidades socioemocionales, la falta de habilidades sociales, de resolución de conflictos o de empatía entre los alumnos se asocia con mayores probabilidades de conductas agresivas y menores niveles de convivencia en el aula.

Algunas Consecuencias para la convivencia y el Aprendizaje.

La presencia de agresividad infantil en las aulas genera consecuencias negativas de gran alcance. En primer lugar, se deteriora la convivencia, ya que la violencia verbal o física causa estrés, inseguridad y desconfianza entre los integrantes de la comunidad educativa, interfiriendo en las conexiones sociales y el sentimiento de pertenecer a un entorno (Chipana Murillo, 2025). En segundo lugar, estas conductas pueden agravar problemas de aprendizaje debido a interrupciones frecuentes de las clases y al desgaste emocional que sufren tanto alumnos como docentes. Además, los estudiantes que experimentan o presencian agresividad pueden reducir su participación, aislarse o evitar el contexto escolar. Aunque muchas investigaciones clásicas han sido longitudinales, estudios actuales subrayan que los patrones agresivos se mantienen o aumentan si no se interviene tempranamente.

Rol del Docente ante la Atención de la Agresividad en los Niños.

Muchas veces, el comportamiento de su hijo le llena de alegría y ternura. Pero también hay momentos en los que puede desesperarle un poco. Al ser un niño pequeño o de edad preescolar, aún no tiene suficiente autocontrol para manejar su enojo de manera calmada, por lo que es normal que, a veces, empuje, golpee o muerda cuando se frustra. Aunque estos arrebatos son parte del desarrollo, especialmente durante los berrinches, hay estrategias que puede usar para ayudar a su hijo a aprender a comportarse mejor. Explíquele a su hijo las normas de la casa. Los niños no saben cuáles son las reglas hasta que se les enseñan, por lo que es una parte importante de la crianza. Es normal que los pequeños quieran tocar y explorar todo, así que si hay objetos valiosos que no desea que manipulen, es mejor guardarlos fuera de su alcance. También puede preparar un espacio seguro en casa con libros y juguetes para que juegue libremente. Cada vez que el niño rompa una regla importante, es fundamental corregirlo de inmediato, para que comprenda claramente qué estuvo mal.

Las amenazas no suelen funcionar. Es más efectivo reforzar de manera positiva los comportamientos que queremos fomentar y enseñar a los niños formas alternativas de actuar, en lugar de solo decirles. Explíqueles que la próxima vez que se sientan enojados, deben expresar sus sentimientos con palabras. Presente distracciones saludables. A la vez que enseña a su hijo a responder de otras maneras, no hay nada de malo en distraerlo a veces o probar otro método. Siempre y cuando no lo esté "sobornando" para que se comporte de otra manera ofreciéndole dulces. Por ejemplo, no hay nada de malo con cambiar intencionalmente su foco de atención. "Contrólate". Aún no pueden hacerlo por sí mismos. Hay que recordar que los niños pequeños, por su edad, tienen poco autocontrol. Necesitan aprender a no patear, golpear ni morder cuando se enojan, y a usar palabras para expresar lo que sienten.

“No debemos hacernos daño”. Observe a su hijo mientras juega con otros niños. Si surge un pequeño conflicto, manténgase cerca pero permita que lo resuelvan por sí mismos. Sin embargo, debe intervenir si la pelea se vuelve física y persiste después de que les diga que se detengan, o si un niño parece perder el control y agrede o muerde al otro. Separe a los niños hasta que se calmen. Si la pelea es muy intensa, podría ser necesario terminar la sesión de juego. Explíqueles que no importa quién comenzó: intentar lastimarse nunca está justificado. Alternativas a la pelea: Enseñe a su hijo a decir “no” con firmeza, dar la espalda o buscar un acuerdo en lugar de recurrir a la violencia física. Mostrándole este ejemplo, le enseña a resolver conflictos con palabras de manera más efectiva y respetuosa. ¡Bien hecho!: Elogie a su hijo cuando actúe de manera adecuada y explíquele que se está comportando como alguien responsable cada vez que aplica estas estrategias en lugar de pegar, patear o morder. Reafirme y reconozca siempre sus conductas amables y respetuosas.

Las pausas obligadas son útiles: No hay problema en hacer que su hijo tome una pausa cuando se comporte mal; estas pausas se pueden aplicar incluso con niños desde el primer año. Para más detalles, puede consultar “Cómo poner en práctica las pausas obligadas”. Controle sus propias emociones: Mantenga siempre atención a su comportamiento cuando esté con su hijo. Una de las formas más efectivas de enseñarle a comportarse adecuadamente es mostrando autocontrol. Si usted maneja su enojo con calma, es probable que su hijo haga lo mismo. Manténgase firme: Al disciplinar a su hijo, no se sienta culpable ni se disculpe. Si su hijo percibe dudas o sentimientos encontrados, podría pensar que su comportamiento estuvo bien y que usted es el “malo”. Aunque disciplinar nunca es agradable, es una parte necesaria de la crianza. Es importante que su hijo comprenda cuándo se ha equivocado, asuma la responsabilidad de sus actos y acepte las consecuencias.

De acuerdo con Pampers (2022), las conductas agresivas como empujar, sacar juguetes o dar golpes son comunes durante la primera infancia y forman parte del desarrollo normal de los niños pequeños, quienes aún están construyendo habilidades lingüísticas y de autocontrol. En estas etapas, los sistemas nerviosos inmaduros dificultan que el niño regule sus impulsos, lo que puede llevarlo a responder agresivamente cuando se siente frustrado o abrumado. Por esa razón, es importante que los adultos no simplemente pasen por alto estas conductas, sino que enseñen al niño formas alternativas de expresar sus emociones y resolver conflictos (Pampers, 2022)

La agresividad constituye un elemento habitual dentro del desarrollo infantil, aun cuando pueda resultar sorprendente para los adultos. Es común que los niños pequeños arrebaten juguetes, empujen, golpeen o griten, ya que están en un constante proceso de aprendizaje de habilidades cognitivas, sociales y motoras. Cada nuevo desafío puede generar frustración, lo que en ocasiones desencadena reacciones agresivas hacia sus compañeros o personas cercanas. Cuando el niño se enfrenta a situaciones nuevas que requieren adaptación, puede responder agresivamente si se siente incómodo o sobrepasado.

En otros casos, la conducta agresiva puede surgir simplemente por cansancio o enojo, especialmente cuando aún no dispone de estrategias de afrontamiento más adecuadas. Incluso en edad escolar, cuando se espera un mayor control de sus respuestas, la presencia de dificultades de aprendizaje puede impedirle mantener la atención, comprender instrucciones o avanzar en tareas académicas, lo cual incrementa su frustración. Asimismo, acontecimientos significativos como el divorcio de los padres o una enfermedad familiar pueden generar un malestar emocional que el niño no sabe manejar, recurriendo entonces a la agresión como mecanismo de respuesta. Cualquiera sea el origen del comportamiento agresivo, es probable que el niño supere esta etapa conforme fortalece sus habilidades lingüísticas y de comprensión para resolver conflictos. Por ello, es fundamental mostrarle que utilizar estrategias alternativas produce mejores resultados que recurrir a la agresividad.

Capítulo III

Algunas acciones para atender la Agresividad en los Niños

Acciones para Atender la agresividad

La presencia de conductas agresivas en el aula representa un desafío significativo para las instituciones educativas, ya que afecta la convivencia escolar, el bienestar socioemocional de los estudiantes y el progreso de los procesos de enseñanza-aprendizaje. Frente a esta problemática, diversas investigaciones en el ámbito educativo y psicológico han propuesto intervenciones eficaces enfocadas en el fortalecimiento de habilidades socioemocionales, el mejoramiento del clima escolar y la colaboración entre docentes, familias y estudiantes. A continuación, se describen las principales estrategias basadas en evidencia que pueden implementarse en el contexto escolar.

María Luisa Carranza (2010), Se puede prevenir la agresividad en los niños prestándoles atención constante y mostrando interés genuino por ellos. Al notar los primeros signos de enojo o frustración, es importante tratar de entender qué les está pasando. Observar su comportamiento con cuidado es una de las mejores formas de comprenderlo. La falta de interés, por otro lado, puede generar problemas de adaptación en el niño. Antes de recurrir a un castigo, conviene pensar en cómo puede afectarle, ya que los castigos a veces resultan contraproducentes. En los niños agresivos, las sanciones pueden reforzar la idea de que los valores no existen. Además, si los padres muestran agresividad, los niños pueden aprender a imitar ese comportamiento al relacionarse con otros.

Actúe con justicia al momento de aplicar castigos y evite caer en excesos de severidad. Es importante tener en cuenta que las sanciones impulsivas o inconsistentes por parte de los padres pueden confundir al niño. Esto puede hacer que su entorno se perciba como impredecible y, en consecuencia, amenazante. Algunos padres corrigen dependiendo de su estado de ánimo: si están irritados castigan con dureza, pero si están de buen humor pueden pasar por alto la misma conducta. Esta falta de coherencia genera desconcierto y hace que el niño se sienta inseguro. Además, un niño con altos niveles de agresividad tiende a percibir peligros incluso cuando en realidad no los hay.

Cuando se observa una situación de agresividad en un niño, lo más recomendable es acudir inmediatamente a un psicólogo. Cuanto más temprano se inicie el tratamiento para gestionar la agresividad infantil, más efectivos serán los resultados. Es fundamental, además, enseñarle al niño a manejar mejor aquellas situaciones que tienden a frustrarlo o irritarlo. Es

importante identificar los factores que suelen desencadenar su enojo, como ser molestado, superado por otros o ignorado. Esta información no solo servirá para intentar reducir dichos factores y controlar su agresividad, sino también como un insumo valioso para el psicólogo que podría encargarse del tratamiento del niño. También se debe enseñar al niño a controlar su enojo, explicándole que en algunas ocasiones lo mejor es alejarse de la situación que lo altera y genera agresividad. Participar en pequeñas situaciones que le permitan practicar reacciones moderadas ante escenarios que usualmente lo habrían enfurecido, ayudará a que el niño se entrene en el manejo de su temperamento en la vida diaria.

Es útil enseñarle que, si es provocado o molestado por otros, lo más adecuado es evitar el conflicto. Se puede fomentar que diga frases como “a mí no me gustan los niños que hacen eso” o “es mejor que no sigas”, para que aprenda a manejar la situación sin recurrir a la violencia. Además, es importante explicarle lo que significa un “acuerdo”, un “pacto” o una “tregua”. Es decir, acostumbrarlo a la idea de que existen muchas maneras pacíficas de resolver los conflictos que puedan surgir en su vida, y una de ellas es llegar a un acuerdo. Finalmente, es necesario entender que la agresividad en el niño no es una característica positiva, sino un síntoma de alerta. No se debe asociar con conceptos como valentía, masculinidad, justicia o necesidad de defenderse.

Ocaña (2011), Se plantea que, frente a una conducta agresiva, el objetivo principal debe ser disminuirla o eliminarla, al mismo tiempo que se refuerzan o se enseñan comportamientos más adecuados y socialmente aceptables. Para lograr esto, el proceso a seguir incluye varios pasos. Primero, es esencial definir la conducta de manera clara y específica. Por ejemplo, si el niño rompe sus cuentos cuando su mamá va a recogerlo a la escuela. Luego, es necesario identificar la función de esa conducta, es decir, entender qué busca el niño al comportarse de esa manera. Esto implica analizar los factores o situaciones previas que desencadenan el comportamiento. En este caso, el niño tiende a romper los cuentos siempre que su mamá está conversando con la educadora. Finalmente, se debe identificar qué consecuencias o factores refuerzan la conducta, como el hecho de que el niño recibe atención tanto de su mamá como de la educadora, lo que lo motiva a repetir esa acción.

Es importante elegir la técnica más adecuada para eliminar la conducta agresiva, ya que existen diversas estrategias para abordar este tipo de comportamientos conflictivos. Una de ellas es el moldeamiento de comportamientos no conflictivos, que consiste en mostrar al niño modelos de comportamiento alternativos que sean adaptativos y que reciban reconocimiento o recompensa social, como, por ejemplo, jugar con un juguete por turnos. Otra técnica es la reducción de estímulos discriminativos, que implica disminuir los factores que desencadenan

la conducta agresiva. Por ejemplo, si un niño aprovecha el momento en que los educadores están ocupados poniendo los abrigos para quitar juguetes en el patio, una solución podría ser intentar que todos salgan al mismo tiempo, de modo que el niño no tenga la oportunidad de realizar la conducta. También se puede aplicar la reducción de modelos y estímulos negativos, ofreciendo al niño alternativas para resolver conflictos. En lugar de recurrir a la agresión, los adultos pueden modelar comportamientos de diálogo y resolución pacífica. Otra opción es la extinción, que consiste en identificar el refuerzo que mantiene la conducta agresiva y suprimirlo. Por ejemplo, si el niño recibe atención cuando se comporta de manera agresiva, no prestarle atención evitará que el comportamiento se refuerce y, con el tiempo, disminuirá su frecuencia. Finalmente, la técnica del tiempo fuera es útil cuando no se puede retirar el reforzador que mantiene la conducta. Por ejemplo, si un niño se enrabieta porque quiere seguir usando el triciclo y es el turno de otro niño, se le puede aplicar esta técnica para que se calme y comprenda que su actitud no es aceptable. Para atender la agresividad también es preciso considerar:

Desarrollo de Habilidades Socioemocionales. El entrenamiento en competencias socioemocionales constituye una de las intervenciones más eficaces para disminuir la agresividad infantil. Programas centrados en la enseñanza de habilidades como la regulación emocional, la empatía, la comunicación asertiva y la resolución pacífica de conflictos han mostrado efectos positivos en la reducción de comportamientos agresivos. Thomas y Bierman (2006) destacan que los estudiantes con mayores dificultades para manejar la frustración o interpretar adecuadamente las señales sociales tienden a manifestar mayor agresividad; por lo tanto, la enseñanza explícita de estas habilidades actúa como un factor protector. Por ejemplo, pueden realizarse estas estrategias: Actividades para identificar emociones propias y ajenas, juegos cooperativos para practicar el respeto mutuo, dramatizaciones (“role playing”) para ensayar respuestas no agresivas y técnicas de autocontrol como respiración diafragmática o conteo consciente.

Intervenciones sobre el clima escolar. El clima escolar influye directamente en la aparición o disminución de conductas agresivas. Aulas con normas claras, relaciones respetuosas y prácticas docentes coherentes tienden a mostrar niveles más bajos de conflicto. Chipana Murillo (2025) señala que la agresividad verbal y física se reduce significativamente cuando se fortalecen las normas de convivencia y se promueve una cultura escolar basada en el diálogo. Se pueden realizar estas acciones: elaboración colectiva de normas y acuerdos de convivencia, reuniones de aula para reflexionar sobre conflictos recientes, implementación de

mediadores estudiantiles o brigadas de convivencia, espacios de comunicación continua entre docentes y familias.

Estrategias conductuales dentro del aula. Las estrategias de manejo conductual permiten regular el comportamiento de los estudiantes mediante la aplicación consistente de reglas y consecuencias. Estas intervenciones son especialmente útiles cuando la agresividad se presenta de forma recurrente o disruptiva. Entre las estrategias más efectivas pueden ser: refuerzo positivo que consiste en reconocer y premiar conductas prosociales, economía de fichas que puede darse con el intercambio de puntos por privilegios cuando se cumplen normas, tiempo fuera reflexivo: breve separación para reducir la activación emocional sin castigo humillante, contratos conductuales: acuerdos escritos entre docente y estudiante. Estas prácticas son recomendadas ampliamente por modelos de disciplina positiva y por investigaciones sobre clima escolar en aulas que presentan alta agresividad (Thomas & Bierman, 2006).

Programas integrales de convivencia escolar. La literatura sugiere que las intervenciones más efectivas no son aisladas, sino integrales. Esto implica combinar acciones dirigidas a docentes, estudiantes y familias, además de incorporar protocolos de actuación ante conflictos y actividades formativas dentro del currículo escolar. Chipana Murillo (2025) evidencia que los programas escolares que incluyen mediación, diálogo, habilidades sociales, formación docente y participación familiar son los que muestran mejores resultados en la reducción de la agresividad. Por ejemplo, se puede considerar estos componentes: formación docente en manejo de aula y disciplina positiva, sesiones semanales de habilidades sociales, comités de convivencia escolar activos, planes de intervención individual para estudiantes con agresividad persistente y monitoreo y evaluación continua del clima escolar.

El papel de los Padres para Atender la Agresividad

La colaboración con las familias es un componente indispensable en las intervenciones educativas, dado que la agresividad infantil suele estar influenciada por patrones de crianza, experiencias del hogar y dinámicas familiares. Estudios recientes subrayan que las prácticas parentales consistentes, afectuosas y no coercitivas reducen significativamente la agresividad en los niños, mientras que la disciplina dura o el castigo físico la incrementan (Liu et al., 2022). Pregúntele a cualquier padre si quiere que su hijo sea una persona agresiva y es probable que reciba más de una respuesta. Después de todo, la agresividad se relaciona con comportamientos tanto aprobados como desaprobados en nuestra mente y en nuestra sociedad: tanto con la

energía y el propósito que nos ayudan a dominar activamente las dificultades de la vida como con las acciones ofensivas y las fuerzas destructivas.

La mayoría de los padres desean que sus hijos sean capaces de defenderse cuando son tratados de manera grosera. Esperamos que no busquen conflictos, pero que, si alguien los ataca, puedan enfrentarlo sin sentirse sobrepasados. Enseñar a un niño a encontrar un equilibrio adecuado entre una conducta excesivamente agresiva y una demasiado sumisa es probablemente una de las tareas más complejas del proceso de crecimiento. Según la teoría del desarrollo, los impulsos o deseos agresivos son innatos en el niño humano y son un aspecto crucial de la fuerza vital psicológica y de la supervivencia. En el curso del desarrollo saludable, estos impulsos se expresan normalmente en varios comportamientos en diferentes edades y, con la ayuda de padres y otros, gradualmente van pasando al control de la persona: moderado, canalizado y regulado, pero de ninguna manera eliminado. La agresividad es parte del desarrollo saludable.

Durante el primer año de vida, no es común pensar que un niño se comporta de manera agresiva, aunque si observamos que un niño pequeño empuja, tira o ejerce fuerza contra otro, estas acciones son señales de energía dirigida hacia afuera y de firmeza, que reflejan un desarrollo saludable de la agresividad. Sin embargo, un niño de nueve meses que tira del cabello de alguien no tiene conciencia de que eso pueda causar dolor; lo hace con la misma energía juguetona y entusiasta que muestra en otras actividades. Es solo alrededor del segundo año, cuando el niño comienza a reconocer que es una persona separada —“yo” y “tú”—, que empieza a comprender que está molesto con alguien y actúa de manera más intencional. Generalmente, no consideramos que un niño sea cruel o hostil hacia los demás hasta el segundo año. Aun así, en esa etapa, el niño no tiene suficiente comprensión de causa y efecto para entender las consecuencias de sus acciones o para regular su comportamiento hacia los demás. Cuando un niño de 15 meses rompe un objeto frágil, lo hace experimentando el placer de la confianza, sin anticipar lo que sucederá.

A veces, los padres me dicen que su hijo pequeño "sabe" que no debe golpear ni morder. Creen que esto es cierto porque cuando lo regañan, él parece sentirse avergonzado. Sin embargo, lo que el niño realmente entiende no es que haya causado daño a alguien o destruido algo, sino que ha recibido la desaprobación de sus padres. Por el contrario, cuando lo felicitan por ser amable con otro, él comprende y disfruta saber que su comportamiento ha sido aprobado en ese momento. Sin embargo, le toma tiempo y muchos recordatorios antes de que el niño logre comprender que no debe golpear ni morder en diversas situaciones. Los niños pequeños, en particular los menores de tres años y medio, poco saben de su propia fuerza. No se

comprende automáticamente las diferencias entre un beso y un mordisco, entre una caricia y un golpe, entre un empujoncito y un empujón hasta tirarle al suelo a alguien, y los niños necesitan muchos recordatorios como: “Déjame que te muestre cómo acariciar al bebé (o al perro de la familia o la mejilla de papá)”; “Acariciar siente bien. Golpear puede doler”; o “Hazlo suavemente (o despacito), así. “Algunas intervenciones, por ejemplo, pueden ser realizar talleres para padres sobre comunicación afectiva, orientación sobre estrategias de límites sin violencia, actividades escuela-familia para fortalecer el acompañamiento, Canales de comunicación permanentes entre docentes y cuidadores. Otros.

Reglas que los Padres de Familia, Podrían Poner a sus Hijos

Algunas reglas que los padres de familia podrían ponerlos a los hijos, según la CDC (2024) es importante considerarlas frente a estos casos de agresividad: enséñele las normas del hogar. Los niños no conocen las reglas de la casa hasta que se les enseñan, por lo que esta es una de las tareas más importantes en la crianza. Es común que los niños pequeños tengan curiosidad por tocar y explorar, por lo que, si hay objetos valiosos que no desea que manipulen, lo mejor es guardarlos o retirarlos del alcance. Considere la posibilidad de crear un espacio en su hogar donde su hijo pueda jugar con libros y juguetes de manera segura. Siempre que el niño no cumpla con una regla importante, es crucial corregirlo de inmediato para que entienda claramente qué fue lo que hizo mal. Según el CDC, los padres deben enseñar claramente las reglas del hogar desde el principio, retirar objetos peligrosos o de valor para evitar riesgos, proporcionar espacios seguros para que los niños jueguen, y aplicar inmediatamente consecuencias cuando se infrinjan reglas importantes, para que el niño comprenda qué conducta fue inapropiada. (CDC, 2024)

Conclusiones

La agresividad infantil en la educación inicial constituye un fenómeno multifactorial que se manifiesta a través de conductas físicas, verbales y relacionales, las cuales afectan de manera significativa la convivencia escolar y el desarrollo socioemocional de los niños. Estas manifestaciones no deben interpretarse únicamente como actos aislados, sino como expresiones de procesos internos y contextuales que requieren comprensión y atención oportuna.

En relación a los aportes teóricos de Bandura, Skinner y Morris quienes aportan en la Organización Mundial de la Salud, nos permite afirmar la integración teórica, que la agresividad no es un rasgo fijo, sino una conducta moldeable que depende de la interacción entre el desarrollo del niño, su ambiente familiar y escolar, y las experiencias sociales que configuran su comportamiento.

En relación a los factores y algunas causas de la agresividad infantil, podemos concluir que estos pueden surgir de la interacción entre pares, como: la impulsividad, la dificultad para regular emociones o el temperamento; así como por factores familiares, que incluyen la calidad del vínculo afectivo, los estilos de crianza y la presencia de situaciones conflictivas en el hogar. En la escuela, ejercen una influencia determinante: el clima escolar tenso, la falta de normas claras o la presencia de prácticas docentes poco consistentes pueden incrementar la probabilidad de conductas agresivas.

Las estrategias de atención que permiten que los niños que muestran agresividad puedan regularse, pero sobre todo disminuir y/o regular esta conducta, está en relación a la participación de los padres y docentes quienes juegan un rol importante del desarrollo emocional del niño, de las cuales resaltamos establecer límites consistentes, modelar conductas, enseñar habilidades de manejo emocional y aplicar prácticas de disciplina positiva.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, J., & Gómez, M. (2003). *Agresividad y comportamiento humano* [Título aproximado por contexto].
- Adapted from *Caring for Your Baby and Young Child: Birth to Age 5*, 6th Edition (Copyright © 2015 American Academy of Pediatrics). 2019.
- Agudelo, A. (2002). *Agresividad, rendimiento académico y disciplina escolar*. *Revista Colombiana de Educación*, (42), 97–113.
- American Academy of Pediatrics. (2018). *Time-Outs 101*. Healthy Children.org. <https://www.healthychildren.org/Spanish/family-life/family-dynamics/communication-discipline/Paginas/Time-Outs-101.aspx>
[HealthyChildren.org](https://www.healthychildren.org)
- Anderson, Craig A., C. A., & Bushman, Brad J., B. J. (2021). *Human aggression* (3rd ed.). Academic Press.
- Ander-Egg, E. (1993). *Técnicas de investigación social*. Editorial Lumen.
- Aponte, J. (2018). *Entorno familiar y conducta agresiva en niños de un programa no escolarizado de Villa El Salvador* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Mayor de San Marcos]. Cybertesis UNMSM. <https://hdl.handle.net/20.500.12672/9250>
- Backhaus, A., Gardner, F., Parra-Cardona, J. R., & Schulz, S. (2023). *Effects over time of parenting interventions to reduce violence against children: A systematic review and meta-analysis*. *Global Health: Science and Practice*, 11(3), 1–18.
- Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning analysis*. Prentice-Hall. <https://doi.org/10.2307/1227918> *Revista UCT*
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Prentice Hall.
- Berenguer, J., Corraliza, J.A., Moreno, M. y Rodríguez, L. (2002). *La medida de las actitudes ambientales: propuesta de una escala de conciencia ambiental (Ecobarómetro)*. *Psychosocial Intervention*, 11(3) 349-358.
- Bethelmy, L. C. (2012). *Experiencia de lo sublime en la vinculación emocional con la naturaleza. Una explicación de la orientación proambiental*. (Tesis doctoral). Universidad Autónoma de Madrid, España. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179818139007>.
- Bisquerra, R., & Pérez, N. (2021). *La educación emocional: Conceptos, principios y aplicaciones*. Editorial Síntesis.
- Centers for Disease Control and Prevention. (2024, 8 de agosto). *Essentials for Parenting Toddlers and Preschoolers: Structure, rules, and consistency*. CDC.

- <https://www.cdc.gov/parenting-toddlers/structure-rules/rules.html>
- Centers for Disease Control and Prevention (CDC). *Steps for Effective Time-Outs*. Recuperado de https://www.cdc.gov/parenting-toddlers/time-out_cdc.gov
- Chuquizuta, G. V. (2024). *Estrategia lúdica para disminuir la agresividad en niños de 5 años de la Institución Educativa Inicial* [Tesis de licenciatura]. Universidad Nacional de San Martín.
- Chipana Murillo, A. K. (2025). *Agresividad y convivencia en el aula en la Institución Educativa secundaria, distrito de Huachac, provincia de Chupaca, región Junín* [Informe de investigación]. Repositorio Institucional de la Universidad Nacional de Educación.
- Dodge, Kenneth A.. (2020). Social information processing and children's aggressive behavior. *Annual Review of Psychology*, 71, 607–632.
- Educación Infantil Departamento Ciencias de la Educación Curso académico 2017-18
- Escobar, R. (2005). *Comportamientos agresivos en la infancia: origen y factores familiares*.
- Fernández, M. P., Sánchez, A., & Beltrán, J. A. (2004). Agresividad y conductas agresivas. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*. ISSN 0124-5821. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/1942/194218961016.pdf> Redalyc
- Flores A. Nicolle (2021). *Conductas agresivas en niños de edad preescolar: una revisión sistemática tesis para optar el título de licenciado en educación inicial* <https://orcid.org/0000-0002-1822-4796> Chiclayo, 2021
- Freud, Sigmund. (1920/2010). *Más allá del principio del placer*. Amorrortu
- Galarza, M. (2019). *Actitud materna y conducta agresiva en estudiantes del nivel inicial de una institución educativa de Lima* [Tesis de maestría, Universidad César Vallejo]. Repositorio UCV. <https://hdl.handle.net/20.500.12692/45121>
- García, M., & Morales, L. (2020). *Conductas disruptivas y agresividad en la infancia: Una revisión teórica*. *Revista de Psicología Educativa*, 15(2), 45–58.
- Gómez, L., Morales, J., & otros (2007). *Desarrollo de la personalidad y socialización en la infancia*.
- Gutiérrez-Cobo, M. J., Megías-Robles, A., Gómez-Leal, R., Cabello, R., & Fernández-Berrocal, P. (2023). *Emotion regulation strategies and aggression in youngsters: The mediating role of negative affect*. *Heliyon*, 9(3), e14048. <https://doi.org/10.1016/j.heliyon.2023.e14048>
- Hernández-Sampieri, R., & Mendoza, C. (2018). *Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*. McGraw-Hill.

- Ibabe, I. (2020). *A systematic review of youth-to-parent aggression: Conceptualization, typologies and instruments*. *Frontiers in Psychology*, 11, 577757.
- Koyama, E., Kant, T., Takata, A., Kennedy, J. L., & Zai, C. C. (2024). *Genetics of child aggression: A systematic review*. *Translational Psychiatry*, 14, 252.
- Landy, S., & Peters, R. (1992). *Child development and education* (2^a ed.). Routledge.
- Liu, B., Yang, Y., et al. (2022). *Harsh parenting and children's aggressive behavior: A moderated mediation model*. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 19(4), 2403.
- Liu, B., Yang, Y., et al. (2022). *Harsh parenting and children's aggressive behavior: A moderated mediation model*. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 19(4), 2403.
- Leiva, F. (2007). *Percepción de la agresión en niños y niñas de preparatoria y primer ciclo de escuelas del área metropolitana de Costa Rica*. *Revista Electrónica Educare*.
- López, I. (2018). *Propuesta de Intervención para la Agresividad Infantil mediante estrategias de Educación Emocional*. Facultad Facultad de Letras y de la Educación Titulación Grado en Universidad de La Rioja, 2018 publicaciones.unirioja.es E-mail: publicaciones@unirioja.es
- Moldes, C., & Cangas, J. (2006). *Contexto familiar y educación de conductas socialmente adecuadas*.
- Martínez, A., Tovar, C., Rojas, J., & Duque, D. (2008). *Agresividad en los escolares y su relación con las normas familiares*. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 117–133.
- Menéndez Marta (2018). *La Agresividad en niños de 3 a 5 años*. <https://www.psicologia-online.com/agresividad-en-ninos-de-4-a-5-anos-3747.html>
- MSD Manuals. *Time-Out Technique*. En *MSD Manuales*. Guía práctica sobre tiempo de pausa, duración, cómo ejecutarla y seguimiento.
- Navarro, R., Larrañaga, E., Yubero, S., & Villora, B. (2022). *Families, parenting and aggressive preschoolers: A scoping review of studies examining family variables related to preschool aggression*. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 19(23), 15556. <https://doi.org/10.3390/ijerph192315556>
- Olweus, D. (2020). *Aggression in the schools: Bullies and whipping boys*. Routledge.
- Quintuña A. Cecilia y Vásquez C. Ligia (2013) *Estrategias para controlar la agresividad en niños de 3 a 4 años autoras*– Ecuador.

- Pampers. (2022, febrero 15). *Peleas de niños: cómo manejar el comportamiento violento*. Pampers. <https://www.pampers.cl/bebes-de-1-3-anos/desarrollo/articulo/peleas-de-ninoscomo-manejar-el-comportamiento-violento>
- Piaget, J. (1952). *The origins of intelligence in children*. International Universities Press.
- Pérez, R., & Sánchez, D. (2021). *El comportamiento agresivo infantil en contextos escolares*. Editorial Síntesis.
- Rademacher, A., Zumbach, J., & Koglin, U. (2025). *Parenting style and child aggressive behavior from preschool to elementary school: The mediating effect of emotion dysregulation*. *Early Childhood Education Journal*, 53, 63–72. <https://doi.org/10.1007/s10643-023-01560-1>
- Real Academia Española. (2023). *Diccionario de la lengua española* (23.^a ed.). <https://dle.rae.es>
- Sandoval, M. (2006). *Agresividad y comportamiento prosocial en la infancia*. *Revista Colombiana de Psicología* 67–82.
- Sege, R. D., Siegel, B. S.; Council on Child Abuse and Neglect; & Committee on Psychosocial Aspects of Child and Family Health. (2018). *Effective Discipline to Raise Healthy Children*. *Pediatrics*, 142(6), e20183112. <https://doi.org/10.1542/peds.2018-3112>
- Siegel, Daniel J.. (2020). *The developing mind* (3rd ed.). Guilford Press.
- Solberg, M. E., Alsaker, F. D., Opsahl, J., & Eidsør, M. (2025). *Prevalence of aggressive acts among 1- to 5-year-olds in Norwegian early childhood education and care*. *International Journal of Bullying Prevention*. <https://doi.org/10.1007/s42380-025-00286-5>
- Train, A. (2003). *Agresividad en niños y niñas: Causas, prevención y tratamiento*. Ediciones Morata.
- Tremblay, R. E. (2002). Developmental changes in physical aggression during early childhood. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 43(5), 609–618. <https://doi.org/10.1111/1469-7610.00050>
- Thomas, D. E., & Bierman, K. L. (2006). The impact of classroom aggression on the development of aggressive behavior problems in children. *Development and Psychopathology*, 18(2), 471–487.
- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Harvard University Press.
- Whiren, A. (1999). *Entendiendo la agresión en los niños pequeños*. Editorial McGraw-Hill Interamericana

Yang, Y., et al. (2022). *Prevalence of neurodevelopmental disorders among US children and adolescents in 2019 and 2020*. *Frontiers in Psychology*, 13, 997648.

Ybarra, M. L., et al. (2022). *Violent media in childhood and seriously violent behavior in adolescence and adulthood*. *Journal of Adolescent Health*, 72(4), 580–588.

<https://www.zerotothree.org/resource/como-ayudar-a-los-ninos-pequenos-a-canalizar-su-agresividad/>

<https://www.healthychildren.org/Spanish/ages-stages/toddler/Paginas/Aggressive-Behavior.aspx>

<https://www.unicef.org/uruguay/crianza/primeros-anos/la-agresividad-en-ninos-de-3-5-anos-y-como-controlarla>

<https://www.unicef.org/uruguay/crianza/primeros-anos/la-agresividad-en-ninos-de-3-5-anos-y-como-controlarla>

file:///E:/chicas%20VIII%20ciclo/GENY%20Y%20PASIONITA/monograf%C3%ACa/PropuestaDeIntervencionParaLaAgresividadInfantilMe_b6db.pdf

**ESCUELA DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICA PÚBLICA
"TARAPOTO"**



"Año de la recuperación y consolidación de la economía peruana"

CONSTANCIA DE REVISIÓN ORTOGRÁFICA

El que suscribe hace constar que realizó la revisión ortográfica del trabajo de investigación titulado: *"La Agresividad en los Niños de Educación Inicial"*, de las autoras: **Geny Sandoval Pezo y Pasionita Laily López Oroche**, ex alumnas de la Escuela de Educación Superior Pedagógica Pública "Tarapoto". Para la revisión se tuvo en cuenta los siguientes puntos:

1. La coherencia, cohesión, adecuación y la contextualización del contenido del trabajo de investigación.
2. Se respetaron los nombres y apellidos citados en el trabajo, puesto que en este caso no contempla la ortografía.
3. Se corrigió el inadecuado uso de las grafías mayúsculas.
4. Se corrigió los puntos finales y en algunos párrafos el uso de la coma y el punto y coma.
5. Las citas y referencias acordes a la norma APA 7.ª edición.

Es todo lo que les informo, dando conformidad con la revisión respectiva, para los fines correspondientes.

Tarapoto, 21 de abril de 2026.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Alfonso Isuiza Pérez', written over a horizontal line.

Dr. Alfonso Isuiza Pérez
Esp. Lengua y Literatura
Registrado en SUNEDU
CPPe N°0374053

**ESCUELA DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICA PÚBLICA
"TARAPOTO"**



"Año de la Esperanza y el Fortalecimiento de la Democracia"

CONSTANCIA DE REVISIÓN DEL ABSTRACT

El que suscribe hace constar que realizó la revisión ortográfica del abstract en el idioma inglés, de la monografía titulada: " **La Agresividad en los Niños de Educación Inicial** " - " **Aggression in Early Childhood Education Children** ", de las autoras **López Oroche, Pasionita Laily y Sandoval Pezo, Geny** , ex alumnas de la **ESCUELA DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICA PÚBLICA DE TARAPOTO**. Para la revisión se tuvo en cuenta los siguientes puntos:

1. Gramática y Sintaxis. mantener la consistencia en los tiempos verbales.
2. Precisión en las terminologías, uso del vocabulario científico y académico, apropiado para la disciplina del área de investigación.
3. Claridad y concisión, eliminando la redundancia, uso del lenguaje preciso. Asimismo, el uso preciso de numera de palabras requerida por la Escuela.
4. Palabras claves (keywords) representativas de la investigación en cuestión.

Es todo lo que les informo, dando conformidad con la revisión respectiva, para los fines correspondientes.

Tarapoto, 22 de abril de 2026

Mg. Christian Miguel Navarro Angulo

Esp. Idioma Extranjero – Inglés

Registrado en SUNEDU

CPPe N° : 004914.